

El Convivio

Santiago Pérez

Artículos
y discursos

Publicado por J. García Monge
San José, Costa Rica
Centro América

EL CONVIVIO Y LOS ESCRITORES DE AMERICA

Perdone que conteste con alguna tardanza a su atento envío—por encargo del autor—del delicioso cuadro de reconstrucción histórica, *Visión de Anáhuac*, debida a mi excelente amigo don Alfonso Reyes. Estas páginas sutiles, con su vaga y discreta melancolía, han sido para mí deliciosa fiesta del espíritu. Ya he dado las gracias a su autor: quiero darlas a usted ahora, muy cordiales y expresivas.

Aprovecho esta oportunidad para unir al de tantos mi aplauso más ferviente por su labor admirable, al frente de esa publicación. Por la excelencia del servicio, en forma tan humilde y eficaz realizado, este aplauso es el de toda la América latina.

Sírvase mandarme en todo lo que fuera menester y creerme como su devoto admirador y amigo q. b. s. m.,

J. M. CHACÓN Y CALVO

(De una carta al Director.)

CONVIVIOS PUBLICADOS

A 50 CTMS. CADA UNO

- Roberto Brenes Mesén: *Voces del Angelus* (Versos)
Alberto Gerchunoff: *Nuestro Señor Don Quijote* (Conferencia).
Julio Herrera y Reissig: *Ciles Alucinada* y otras poesías.
Leopoldo Lugones: *Rubén Darío* (Perfil).
Federico de Onís: *Disciplina y Rebelión* (Conferencia).
Eugenio D'Ors: *Aprendizaje y heroísmo* (Conferencia).
Santiago Pérez: *Artículos y discursos*.
Alfonso Reyes: *Visión de Anáhuac* (Ensayo).
José Enrique Rodó: *Cuentos filosóficos*.
Marqués de Santillana: *Serranillas y Cantares*.
Juan Valera: *Parsondes* y otros cuentos.
Enrique José Varona: *Emerson* (Perfil)
Carlos Vaz Ferreira: *Reacciones* y otros artículos.

Solicítense las entregas de esta serie al Director y Propietario: J. García Monge, Apartado 533, San José de Costa Rica.

O búsquense en la Librería de don Jaime Tormo, frente a la Administración de Correos.

EL CONVIVIO

In angello cum libello.

(KEMPIS.)



SANTIAGO PÉREZ

(Según el último retrato.)

ARTICULOS Y DISCURSOS

FOR

SANTIAGO PEREZ

RECOPIADOS Y PROLOGADOS
POR EL DOCTOR

DIEGO MENDOZA



IMPRESA ALSINA
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

1917

Si pudiera Ud. dar una colección, en un número del CONVIVIO, de los artículos de don Santiago Pérez, padre de Pérez Triana, le haría usted un favor a las letras hispano-americanas. La "Biblioteca Popular" de Bogotá, publicó un número con algunos trabajos del gran publicista y sin duda, usted que está cerca de Colombia, podrá procurarse algunos otros: es lectura sustanciosa y de forma irreprochable.

B. SANÍN CANO

(De una carta al Director de EL CONVIVIO.

En respuesta a su carta del 2 de Marzo último, tengo el gusto de comunicarle que hoy mismo me he dirigido a mi amigo Dr. Diego Mendoza Pérez, pariente político de don Santiago Pérez y literato de vieja data, partiéndole los deseos de Ud. Creo que nadie aquí

mejor que Mendoza, puede hacer la selección y escribir el prefacio biográfico para el CONVIVIO.

C. HISPANO

(De una carta al Director de EL CONVIVIO.)

El último correo me trajo un ejemplar de EL CONVIVIO que contiene los cuentos filosóficos de José Enrique Rodó, muerto, por desgracia, para las letras americanas. Dentro encontré una tarjeta de Ud. en que me habla del deseo que tiene de publicar algunos de los escritos de mi tío Santiago Pérez. De esto me había hablado también el señor Ismael López, y yo le había dicho que esperaba una insinuación directa de Ud.

Es tanto y tan bueno lo que escribió, que la dificultad está en la selección. Hay, por ejemplo, tres discursos sencillamente admirables: no ha dado la literatura americana, hasta donde yo la conozco, notas más altas ni más hermosas. Le enviaré lo más pronto que pueda, algo de lo mucho que Pérez Triana y yo estábamos recopilando para una edición completa de las obras de mi tío.

DIEGO MENDOZA

(De una carta al Director de EL CONVIVIO)

INTRODUCCION

Noticia biográfica y literaria

QUEJÁBASE, con razón en nuestro sentir, don Santiago Pérez en artículo, tan brillante y discreto como todos los suyos, que publicó en *La América*, de Nueva York—revista que redactó por algún tiempo—a propósito de las Cartas americanas de don Juan Valera, de los que creen que han sido los poetas si no los únicos, los más fieles representantes de la cultura hispano-americana. Consideraba que no era siquiera hablar en serio aludir a los poemas modernos como si fueran los únicos factores de la civilización de algún pueblo o de alguna época. Hacer republicanos era para él tarea más difícil y más larga que hacer literatos, o que hacer sabios, y sería también más trabajosa que hacer genios, si los genios fueran de hechura humana; y el haber puesto los pocos elementos humanos de la América que moraban en sus inmensas soledades en contacto material con el resto del mundo; y el haberse levantado, sin recursos inme-

diatos, de la suma ignorancia a la civilización que han alcanzado, no ha sido ni con mucho, tampoco, en su concepto, obra de sus poetas. Creía que era en la magistratura, en la tribuna, en el periodismo, que no en las academias, donde se debía buscar el espíritu dominante, o sea, las fuerzas activas y directivas de la sociedad. Pudo haber agregado que en el libro que recuerda y explica lo pasado y es advertencia y consejo para lo presente; que en el texto de enseñanza donde aprende el niño o el joven las nociones del deber y la verdad, y que en la cátedra universitaria donde las doctrinas se propagan oralmente, se podría con más seguridad ir señalando, como en el tubo de un termómetro, los grados de ascenso o descenso de la cultura de un pueblo. Pudo haber añadido también que en las instituciones escritas y en la práctica de ellas se podría fijar el concepto que del derecho y del deber humanos se han formado en cada época los hombres. Pudo decir, asimismo, que en la labor de los administradores de los negocios públicos está una parte, y no pequeña, de lo que una comunidad política, grande o chica, ha logrado establecer como base de equidad o justicia en las relaciones entre hombre y hombre y entre el Estado y los ciudadanos; y que en la tarea de los diplomáticos, casi siempre o por mucho tiempo velada a los ojos del público, está el argumento definitivo, el precedente necesario o la razón incontrastable para el reconocimiento final

de los derechos soberanos de la Nación en sus necesarias vinculaciones con los otros pueblos.

Si a lo que dijo don Santiago hubiera sumado lo que nos hemos permitido agregar para completar su pensamiento, habría trazado las líneas principales del cuadro en que se desarrollaron su fecundísima vida y la vida de otros hombres que figuraron en el escenario público de su país.

La fecundidad de su vida comenzó a rendir frutos espirituales en la formación, en su colegio, de varias generaciones de discípulos primero, y luego como profesor y rector de la antigua Universidad Nacional. Su intensa y constante labor intelectual no quedó, ni podía quedar esculpida en la lámina de sus escritos, de que damos apenas unas pocas muestras en las páginas siguientes. La desproporción entre lo que aprendió y pensó y lo que dejó escrito se explica muy bien por la índole de su ocupación principal. Don Santiago, como se le llamaba en Colombia sin necesidad de decir su apellido—como sucedía con su hermano don Felipe, superior a él como periodista y hombre de Estado—sin que estas apócope produjeran ninguna confusión, fué, como se ha dicho, antes que todo, un maestro eminente de varias generaciones; y los tales, por razón de su oficio, piensan mucho, hablan mucho y escriben poco, generalmente: se contentan, y se ven reducidos a conformarse, con la transmisión oral de sus conocimientos a discípulos que acuden a su cátedra en

busca de una luz o tras de una inspiración. Si no fuera por lo que sus discípulos nos han contado en páginas inmarcesibles, y que un siglo pasa a otro siglo en sucesiva palpitación, de Sócrates solo conoceríamos un nombre, que podría ser, y nada más, que el símbolo pagano de un momento histórico de Grecia, patria intelectual del hombre.

A pesar de lo dicho, don Santiago escribió más de lo que era de esperar dada la índole de sus quehaceres públicos. Del claustro pasó a ser periodista en *El Tiempo* y Ministro de Estado en el despacho de relaciones exteriores en la primera administración del Doctor Manuel Murillo y en la del General Santos Gutiérrez, y luego a la Cámara de Representantes y al Senado. Más tarde, y por dos veces, representó a su país como Ministro diplomático ante el Gobierno de los Estados Unidos. Coronó su carrera política siendo Presidente de la República, carácter con el cual pronunció el célebre discurso que publicamos, no superado hasta ahora, y que es, sin exageración, una de las primeras páginas literarias de la literatura colombiana.

Con dos insignes escritores, don Tomás Cuenca y don Felipe Zapata, redactó *El Mensajero*, diario de oposición a la administración del General Tomás Cipriano de Mosquera en 1867; en compañía de su hermano don Felipe redactó *La Defensa* en 1880, diario opuesto a la Regeneración, mo-

vimiento político conservador encabezado por don Rafael Núñez; y, posteriormente, fallecido don Felipe Pérez, ingresó, como jefe del partido liberal, en la redacción de *El Relator*, diario fundado por su hermano, y a tiempo de su ingreso dirigido por sus sobrinos don Raúl Pérez y quien escribe estas líneas... Víctima de un atropello inaudito, el Vicepresidente don Miguel Antonio Caro lo redujo a prisión, suprimió el periódico, desterró a su redactor principal. Murió en París.

Tal fue, en síntesis, su vida tormentosa y fecunda. Pudiera creerse que esta intensa labor periodística lo distrajera del cultivo de la ciencia y la literatura, y que sus escritos, improvisados por las exigencias de su naturaleza y los apremios del tiempo, pecaran en sus formas literarias. No fué así: la profundidad del concepto la vestía con el más hermoso y elegante ropaje artístico. La Academia de la Lengua colombiana, correspondiente de la Española, le llamó a ocupar una de sus sillas reconociendo en él a uno de los maestros del buen decir.

Solía en su cátedra universitaria de ciencias morales y políticas, particularmente en Economía Política—ramo de su predilección—y en Derecho Internacional público y privado, reducir sus lecciones a programas sintéticos de su puño y letra en bellos caracteres caligráficos; y en ellos, año por año, consignaba el resultado de sus nuevos estudios y meditaciones. No era, pues, un profe-

sor estacionario; era un profesor progresivo. En esta labor constante de análisis y depuración revelaba su íntima estructura mental y probaba la exactitud de sus palabras en el discurso de premiación que reproducimos: su propia razón, dueña de los hechos por la experiencia y de las leyes de los hechos por el examen, lo puso en posesión de la ciencia verdadera.

El haber limitado el influjo de la poesía y de los poetas en la formación de nuestras nacionalidades, como lo recordamos al principio de esta Noticia, pudiera hacer pensar que obedecía en él a la muy generalizada tendencia de mermar los prestigios de lo que no tenemos. Pues ha de saberse, al contrario, que don Santiago desde su mocedad hasta sus últimos días pulsó la lira. Tomamos al acaso esta corta composición:

LA CIENCIA DE LA VIDA

A mi querida sobrina María Pérez.

*Entre los dos la vida comparada
Para mí es de años, para ti es de días;
Yo de su bien y mal no ignoro nada,
Tú de su bien y mal todo lo ignoras.*

*De mi vejez a minorar los daños
Nada puede tu alegre adolescencia;
Ni yo pudiera, aun con doblados años,
La mitad darte de mi triste ciencia.*

*A sentir y esperar no enseña el estro,
De amar y padecer no hay regla escrita;
Para cada alma el tiempo es el maestro,
La enseñanza del mundo es infinita.*

*Mas la vida se vive, no se aprende.
Nave es ella a tu edad, bella María,
Que a todo viento toda vela extiende
Y aguarda la ola igual y eterno el día.*

*Sabría mucho el que aura y mar serenas
Supiese atar en torno de esa nave;
Quien sabe que ondas hay de traición llenas
Su mal, no más, y su impotencia sabe.*

*No lances, pues, la vista a lo futuro,
Ni hundas la sonda en el abismo ignoto:
De la nave en que va corazón puro
Dios en la hora suprema es el piloto.*

Profesor, magistrado, diplomático, jefe de partido, escritor y poeta en el público escenario, y dentro del hogar honrado a carta cabal, sin una sola sombra en su vida privada, padre y esposo incomparable, don Santiago Pérez fué el tipo perfecto del gran ciudadano.

Miembro de una generación de fundadores de las instituciones civiles de su país, en cuya cuenta los aciertos superaban a los errores inevitables,

«que todavía no ha pasado por entre el cielo y la tierra conciencia de hombre, obra de partido ni historia de pueblo, sin la mezcla del mal o la sombra del error», dejó, como legado moral, a las nuevas generaciones más de un ejemplo que seguir, más de una enseñanza que practicar, más de una virtud inspiradora de buena conducta, más de una luz intelectual que ilumine la senda. Las nuevas generaciones colombianas le harán justicia cuando mezclen «su propio acento, pacífico y profético, en el himno infinito de la palabra humana».

Bogotá, Junio de 1917.

DIEGO MENDOZA.

ARTÍCULOS Y DISCURSOS

Distribución de premios universitarios

SEÑORES:

CON profunda satisfacción he puesto en vuestras manos los premios que se os han discernido. Ahora permitidme que ponga también en vuestra memoria una palabra respecto de ellos.

Trofeos de una de las muy pocas luchas que no imponen ningún remordimiento al que vence ni privan de ningún merecimiento al vencido, esos premios deben ser mirados por vosotros con legítima complacencia, no sólo en este instante, sino en toda vuestra vida. Más: si alguna vez llegare a seros necesario un estímulo, volved a contemplarlos; que en ellos encontraréis siempre viva la simpatía de este concurso, que ha sido para vosotros un juez; vivo el resplandor de este día, que es para vosotros un triunfo.

Desde el principio de una carrera que todavía no podéis saber ni a qué profundidades se incline, ni a qué eminencia se encumbre, atesorad cuantas

os sea posible de estas prendas de honor. Atesoradlas: de cada oscuridad que pueda haber en vuestro camino, ellas apartarán una sombra; a cada horizonte que se os presente en la vida, ellas agregarán una luz.

Mas si este es el carácter de vuestros premios, en cuanto dan testimonio de lo que habéis merecido, debéis también tener en cuenta que ellos son pruebas de las obligaciones que acabáis de contraer. A la patria más le debemos cuanto más tenemos; luego más alta moralidad, más profundo saber, mayor esplendor de ingenio debe la patria esperar de vosotros, que de los que no han obtenido esos premios; o ellos no serían la justa expresión comparativa de vuestra buena conducta, vuestra consagración al estudio y vuestro adelantamiento científico.

Obtener los premios de la Universidad es ser designados para llevar la vanguardia en el movimiento intelectual del país. ¡Avanzad, pues, señores! Abrid el camino al medio millón de alumnos que ha empezado ya a formar la Nación, como su ejército escolar permanente. Ese ejército os sigue muy de cerca. De todos los Estados vienen sus himnos triunfales, que refundidos en una sola armonía marcarán de hoy más, firme, libre y feliz el paso de la República.

Ahora bien: ¿hacia dónde deberéis dirigir ese paso? Sobre esto os expresaré mi opinión.

Vuestros padres combatieron, y su victoria se

llama emancipación; vuestros hermanos mayores han combatido y su victoria se llama libertad; vosotros tenéis que combatir, y vuestra victoria deberá llamarse paz y conciliación; deberá llamarse seguridad y crédito; deberá llamarse vías de comunicación y comercio.

Independencia nacional, libertad política, vida industrial, han venido a ser, pues, para nosotros, fases sucesivas del progreso, repartidas como porciones de una misma obra entre las subsiguientes generaciones de una misma patria.

Y no seréis vosotros por quienes se juzgue a los hijos de la República menos capaces que los hijos de la Colonia para el cumplimiento de su respectiva tarea. No degeneraréis de la raza que retuvo el aliento durante trescientos años, para purificar el suelo de la patria como con un solo soplo, que fué un huracán de victorias. No bastardearéis de una generación que aceptó para sí sola todo el sacrificio de sangre, a fin de que, libres vosotros de esa terrible responsabilidad, pudieseis fecundar las instituciones que ella os deja fundadas, y que sólo os exigen, si queréis ser libres con ellas, la honradez de ser sensatos para comprenderlas, la sensatez de ser honrados para practicarlas.

La fecundación de esas instituciones, que encierran en sí los sacrificios del pasado y las esperanzas del porvenir, os imponen deberes correspondientes, de que me atrevo en esta ocasión solemne a señalaros los principales.

Así como los lugares tienen la sombra de sus propias alturas, así las épocas tienen los padecimientos de sus grandezas respectivas. Por el fuego de las revoluciones, como por el lecho del tormento, no pasan jamás hombres ni pueblos sin que les quede algún desasosiego en el ánimo, alguna cicatriz en la carne.

La generación a quien vosotros sucederéis no ha podido, ella tampoco, dictar el oráculo de las libertades civiles sino entre los dolorosos espasmos que son a un tiempo el signo y la expiación de las grandes inspiraciones. Ella ha tenido que sudar el sudor de sangre que constituye conjuntamente la prueba y el precio de las redenciones eternas.

Vosotros, pues, tendréis que entrar como sangre nueva y generosa en venas que las civiles discordias han amargado y los campos de batalla empobrecido. Tenéis que continuar el debate providencial de las opiniones, con el solo lenguaje de la convicción honrada, única que, segura de su propia duración, no tiene la impaciencia de imponerse por el sofisma o la fuerza. Tenéis que sustituirnos en el ejercicio del poder público,—poder que no os llegará a tiempo sino cuando no lo llaméis—cuando os resignéis a recibirlo con la unción patriótica que sólo os puede dar una elección verdadera, y a desempeñarlo con la eficacia moral que nace exclusivamente del afecto y la confianza del país.

Esos son, en suma, vuestros deberes políticos.

En cuanto a la parte económica no os corresponde ninguna extraordinaria labor. No hay en nuestra patria estructura de privilegio o armazón de monopolio que ciegue la corriente de la industria, que la desvíe o la estanque contra conveniencia o justicia. Sobre un suelo que tiene todas las fecundidades y que no soporta desigualdad institucional ninguna, en la obra de la producción, el capital y el trabajo no darán entre nosotros, como han dado en otros pueblos, el desalentador espectáculo de combatirse, como los gemelos del patriarca, desde las entrañas maternas.

No se exige de vosotros que creéis la riqueza instantáneamente, como fué creada la luz. No; es ella la que se ha de crear a sí misma, ya que Dios puso hasta en sus menores porciones la virtud del principio y la eficacia del germen. Lo que podéis y debéis hacer vosotros por la riqueza, es acrecerla con el trabajo y el ahorro; atraerla con la seguridad y el buen trato, para que el crédito la propague, la asociación la fecunde y la equidad la reparta.

Eso será suficiente para que ella junte los océanos, nivele las cordilleras y pueble las soledades; que de todo ello necesitamos para entrar en comunicación con el mundo, y todo ello vendrá con la paz, la perseverancia y el tiempo. Seguramente Dios no ha levantado como un velo nuestras montañas, ni extendido como un palio nuestros bosques, sólo para hacer pasar perpetuamente, y como

reyes proscritos, a nuestros ríos solitarios por nuestros valles desiertos. Desechad, desechad vosotros también la aniquiladora teoría que nos declara incurablemente incapaces de salvar los estorbos que nos aíslan, como los demás pueblos han salvado los que los aislaban a ellos; y que pretende hacernos creer que las riquezas naturales que nos rodean no son la parte con que nos corresponde contribuir para el festín de los pueblos; sino la mera ración de una raza prisionera de por vida; o el viático de la muerte que en cada sepultura depositaba el salvaje.

No, señores. Nuestro deber colectivo indeclinable, nuestra tendencia irresistible, ha de ser la de abrirnos camino a los horizontes del mundo. Necesitamos ya la atmósfera del comercio universal para nuestra respiración de pueblo civilizado; y podemos, debemos romper las ligaduras que nos sujetan. Ni la historia ni aun la imaginación han representado todavía a todo un pueblo en la condición del antiguo Encélado; es decir, amarrado con la eternidad de una cadena a la eternidad de una roca.

Esa suerte la merecía sólo el pueblo que delante de las dificultades que le cerrasen el paso, no tuviera la fe y la resolución del profeta que arrojó su propio manto a las olas para que le abriesen camino.

Así, pues, si las cordilleras son las fortalezas que ahora nos combaten; si son los desiertos los

campamentos que nos sitian ahora; si las distancias consumen nuestras fuerzas y el aislamiento anula nuestros recursos, apelemos ya a la ciencia, que es la única artillería que puede herir a esa altura; al riel y al alambre, que son las únicas alas para salvar ese abismo; a la paz, que es la salud necesaria para acometer esa campaña; y a la unión, que es el sólo aliado con quien se puede conseguir ese triunfo.

Esa es la tarea social de la nueva generación. Es ella la que ha de herir con la vara del trabajo nuestras regiones que, como el Horeb, sólo aguardan a los Aarones de la industria para desatar sus raudales. Es ella la que ha de abrir para esos raudales el canal del comercio; canal que a un mismo tiempo lleva la corriente y la trae; porque el cambio, como se ha dicho de la caridad, con un mismo acto realiza la satisfacción del que recibe y la satisfacción del que da.

Por tanto, miembros de la nueva generación,—los que vencisteis ayer, los que habéis vencido hoy, los que habéis de vencer mañana,—apercibid para la tarea que os está encomendada: la ciencia, que señala el camino; el trabajo, que atropella el obstáculo; la asociación, que multiplica las fuerzas, y la libertad, que distribuye los frutos.

Preparaos a ser ciudadanos, a ser gobierno, a ser una patria que de todos los productos haga, por el cambio, una riqueza común; de todas las opiniones, por la tolerancia, una misma doctrina;

de todos los derechos, por su eficacia, una libertad efectiva; de todos los Estados, por la confraternidad, una república indivisible; y de todos los colombianos, por el amor, una sola familia.

No creáis que falte a vuestro trabajo el prestigio de la dificultad. Delante de todo reino prometido, en la ciencia o en la industria, se extiende siempre el desierto de la desconfianza y de la prueba; a ningún mundo nuevo, de cosas o de ideas, se llega jamás sin arrostrar las tempestades de la naturaleza, que son grandes, y las cóleras de los hombres, que son mayores.

Aun podréis aspirar a una palma, como nuestros próceres. No es mártir sólo el que rinde la vida al poder de los suplicios, ni libertador únicamente el que aparta los grillos del pie del hombre, o el yugo de la cerviz de los pueblos. Hay también sacrificio en el sacerdocio paciente y abnegado de las ideas; y en el reino de la justicia no se cuentan por más las cadenas quitadas que los abusos corregidos o los errores rectificadas.

No creáis que vuestro instrumento, la razón, pese menos que la espada, o devore menos que el tiempo. Recordad que la sabiduría no llegó a nacer jamás, ni aun de la cabeza de un Dios, sino al doble golpe del dolor, que es el estudio, y del hacha, que es la necesidad.

Tranquilizaos, pues, los que optéis por el sacrificio: puede haber calvarios en todos los caminos; hay cruces sobre todas las cumbres.

En compensación, para tan altos deberes, no era posible que os hiciera falta una cooperación suficiente; y con efecto, la justicia y la prudencia social han empezado ya a prepararos, con la educación de la mujer, un auxiliar poderoso. La mujer, educada, traerá a vuestra obra de civilización su espíritu, que nada tiene que envidiar al de vosotros, y su sentimiento, que sí tiene mucho con que mejorar el vuestro.

Los otros maestros hallan todos, o pueden hallar, un término en la enseñanza que dan; como que es en definitiva la propia razón, dueña de los hechos por la experiencia y de las leyes de los hechos por el examen, la que pone en posesión de la ciencia verdadera, la cual dista mucho, vosotros lo comprendéis, de la noción escolástica de los libros. Los otros maestros tienen su término en la enseñanza; mas no así la mujer, que jamás abandona el magisterio del bien.

Ahora permitidme, para concluir, dos palabras. La una es el justo aplauso a vuestros directores y maestros, que mantienen entre vosotros el orden, no como esclavitud, sino como armonía; que os preconizan la ciencia, no como poder, sino como verdad; y que os enseñan amar la libertad, no como belleza, sino como justicia. Y la otra, que es la siguiente, de recomendación a vosotros mismos.

La Universidad necesita, para seguir representando la unidad del país, del apoyo de los Estados y de la simpatía de los ciudadanos; apoyo y sim-

patía que la ley ha podido darle al nacer, pero que sólo vosotros podréis consolidar, reflejando sobre ella la luz de una vida privada llena toda de honor, y la de una vida pública toda llena de patriotismo.

¡Sea por tanto vuestro saludo, al reuniros en sus claustros sagrados, mientras ellos os sirvan de hogar; y sea vuestra despedida, cuando ya os separéis a los cuatro vientos de la República, esta advertencia recíproca: hijos de la Universidad, nuestra propia conducta será la medida y la razón de la vida de nuestra madre común!

Discurso

pronunciado en los honores fúnebres
del Doctor Manuel Murillo T.

TOCADA por la naturaleza con el ascua de la lepra, la humana generación va cayendo, como los miembros de Lázaro, pedazo por pedazo; y cada vez que una parte desprendida se roza con la tierra, el cuerpo que la sobrevive un día padece el estremecimiento del dolor y de la muerte.

Ese estremecimiento es el que experimentamos ahora. El corazón nos dice la altura de que ha caído, el lugar de donde se ha arrancado esta carne de nuestra carne, que huérfana de su padre el espíritu, viene a acogerse aquí en el seno de su madre la tierra.

Delante tenemos todavía el barro en la forma humana que la naturaleza le dió; mas ya no obra en él la fuerza que lo vació en ese molde y que en él lo ha mantenido. Roto, por la energía más bien que por la duración del trabajo, delante tenemos todavía el instrumento; mas el trabajador ha desa-

parecido. Estamos, pues, en presencia del espectáculo que todos los días nos sorprende con la novedad del misterio. Asistimos al drama que se reanuda delante de cada sepultura que abrimos—drama cuyo desenlace sólo hemos de saber en el fondo de la sepultura que sobre nosotros se cierre.

Inclinémonos ante la Providencia.

Durante más de medio siglo no ha sobrevenido a la patria ningún bien, ningún mal que no haya conmovido como un bien, como un mal propio suyo, ese corazón. No ha rayado albor alguno de libertad, que no se haya encendido o se haya reflejado en ese cerebro. No se ha desencadenado, tampoco, en nuestro horizonte político ninguna tempestad, que no haya puesto sobre esa frente su rayo. ¿Será posible, pues, que de todo ese fuego sólo reste esta ceniza, que de toda esa luz sólo nos quede esta sombra, que de todo ese combate sólo sobreviva este polvo?

De ninguna manera, y es precisamente en presencia del féretro donde se debe protestar contra la muerte como señal de aniquilación. En el mundo material mismo ¿cuál es el elemento que haya buscado o que haya podido hallar hasta ahora el camino de la nada? El fuego solar que baña en este instante la tierra y que desaparecerá de su superficie dentro de algunas horas, volverá a brotar de su seno dentro de algunos siglos. Sobre alguna generación que cruzó, como nosotros vamos cruzando ahora bajo el palio de los cielos, se

derramaron los rayos que las venas de las rocas nos devuelven ahora, para el calor del hogar. Y si esas llamas, que apenas tocaron el suelo en un momento ignorado, arden todavía, ¿cómo habría de extinguirse para siempre el hombre, rayo-vivo que señala su paso en el lugar y en el tiempo? «Guardémonos de creer que se apaga la luz, cuando es sólo que la perdemos de vista». Guardémonos de creer que perecen los que no hacen sino culminar en la tumba. El ocaso es sólo una relación en el movimiento de los astros: la muerte, sólo una escala en la ascensión de los seres.

Si de las regiones absolutas descendemos a la región puramente humana, tenemos que reconocer en la muerte el fermento necesario para purificar la memoria. No vienen solos jamás a estos sitios ningunos despojos mortales. Cada época, cada país envuelve los de sus hombres conspicuos en el sudario de sus pasiones o de sus errores actuales. Ese sudario es inseparable de toda reputación durante la vida, y solamente se desprende, como la piel gastada de la víbora, al pasar por entre las piedras que cierran la sepultura.

Si en la presente ocasión las pasiones y los errores del momento—estén del lado donde estén—vinieren a perseguir hasta aquí las reliquias que a nosotros nos ha tocado el dolor y el honor de acompañar, cumplamos un deber patriótico ignorándolo del todo. Profanación es llevar el combate hasta la tienda donde se recoge el herido. Profana-

nación tendría que ser también el aceptarlo en el santuario donde reposan los muertos. Se comprendería esa profanación en presencia de monumentos que simbolizaran una injusticia, o que aspirasen a eternizar un orgullo. ¿Pero a qué reprimación hay lugar delante de sepulturas tan semejantes en su cristiana humildad, que no podrán los ojos, sino los corazones, distinguirlas unas de otras en el recinto común?

Cerremos, pues, en paz el sepulcro que hoy hemos venido a abrir, ya que no hemos de poner sobre él sino su sello de lágrimas.

La posteridad romperá ese sello. Lo romperá cuando debajo de él sólo quede lo que el tiempo haya verificado y la historia esclarecido. Cuando el Cristo se levantó del sepulcro, su rostro no traía ya la saliva del sayón. Asimismo,—aunque a una distancia infinita de esa resurrección soberana—asimismo, la posteridad no hallará en los hombres que hasta ella lleguen la marca vulgar de la injusticia contemporánea. Ella no verá en esos hombres más que su frente iluminada, si han sido apóstoles; no verá más que sus palmas hendidas, si han sido mártires.

La generación de que este ilustre difunto fue poderoso representante puede aguardar con serenidad el veredicto de la historia. El paso de ella sobre el suelo sonoro de la patria no hizo, es verdad, el estrépito de la heroica generación que la había precedido; ni las claridades de su camino

fueron, tampoco, como la de los sables libertadores, en cada uno de los cuales se reflejaba una victoria. Pero el no haber cegado con ninguno de esos reflejos, fué el primero y el mayor merecimiento de esos hombres. Haber adivinado la libertad, que ni aún rayaba en su tiempo por el remoto horizonte, comprueba que ellos tuvieron desde el principio la visión de la profecía, y que abrazaron sin reserva la cruz del apostolado. Como el que, en testimonio de fe en su divino Maestro, se encaminó hacia él sentando entre ambas plantas sobre las aguas movibles, así estos fundadores de nuestras instituciones civiles han venido, en testimonio de su fe en la República, avanzando hacia ella en el seno tembloroso de las revoluciones. Y de esas revoluciones han derivado su fuerza, a la manera que la nave se hace conducir del aquilón que ella misma va generando en sus entrañas.

La obra de estos segundos padres de la patria no está terminada todavía, y ellos van ya desapareciendo. Que coronen esa obra los que aspiren a juzgarlos, y que al dictar su fallo sobre la parte ya ejecutada, no olviden que todavía no ha pasado por entre el cielo y la tierra conciencia de hombre, obra de partido ni historia de pueblo, sin la mezcla del mal o la sombra del error.

Los genios, como este magistrado popular e insigne publicista, están destinados a ejercer influencia aun ya verificada su desaparición personal, al modo que, después de haber refundido en el mar

su nombre y sus raudales los grandes ríos hacen aún sentir, por considerables distancias, la fuerza de su corriente y el volumen de sus aguas. Ciudadanos, cuando esos grandes ríos han traído su curso al través de largas y tempestuosas regiones, ¿llegarán a su término tales como fueron en su origen? O ¿será lo natural, casi pudiera decirse lo justo, que lleguen enturbiados y amargados por las malezas mismas que han limpiado en su camino?

Mas, así como los vemos pasar a ellos en la majestad de sus crecientes, y aguardamos a que, levantadas en los espacios inmensos, las aguas recobren su primitiva pureza, así vemos pasar también entre tempestades y eclipses, los espíritus de combate. La historia como el océano, es un eterno crisol: ella devuelve a los hombres extraordinarios,— como el de que en este lugar y en este doloroso momento nos despedimos,—los devuelve, ya serenado el combate, con su verdadero carácter y en su prístina grandeza. Vé, pues, a descansar entretanto, hijo del pueblo, obrero de la República. Vé a descansar en el pedazo de tierra que en honor tuyo los leales ciudadanos sembrarán de siemprevivas, y sobre el cual la Nación agradecida dejará estampado dos veces el escudo de sus armas.

He dicho.

El ahorro

No se sabe la hora a que Eva y Adán fueron expulsados del Paraíso, ni el sitio en que hicieron noche la primera vez, ahuyentados por el Angel que Dios colocó a la entrada de aquel delicioso y ya inhabitado jardín. Se deja ver, eso sí, que, sujetos a la intemperie y acosados por el remordimiento, su sueño, si alguno durmieron, debió de ser interrumpido por visiones y por agudos padecimientos.

Después de larga vigilia, Eva, vencida por el cansancio, había doblado la cabeza; y Adán, que cuidaba de ella como una madre de su hijo, se atrevió al fin a mirar al cielo, en busca del nuevo día; pues le quedaba la esperanza de que el sol, como una mirada de Dios, volvería algún vigor a su cuerpo y alguna energía a su alma desconsolada.

Vió entonces una claridad, pero no era la del alba. Sintióse en presencia de un sér desconocido, y oyó una voz que no tenía la majestad de la de Dios ni la dulzura de la de Eva.

—¡Adán! le dijo la voz, ¿qué buscas en el cielo?

—Busco la luz para seguir mi jornada de proscripción y castigo.

—En otro tiempo la hubieras podido llamar. ¿No eras entonces señor del mundo?

—Fuí la primera de las criaturas hasta el momento de mi falta, pero desde que la hube cometido, siento que soy más bien el esclavo de la naturaleza.

—¿Esclavo de la naturaleza tú, que fuiste hecho a imagen de Dios y que tienes la conciencia de ti mismo, cuando esa naturaleza no es sino un conjunto de elementos y de leyes que tú puedes y debes poner a tu servicio?

—Esos elementos me ocultan el secreto de su utilidad, y esas leyes el de su aplicación. Agobiado de necesidades he llegado a este sitio pisando tal vez las cosas con que las pudiera satisfacer. Sintiendo en mí un espíritu más vasto que el horizonte, me veo hecho el juguete de fuerzas inconscientes que obran a mi rededor.

—¿No agradeces los bienes de que has seguido disfrutando después de tu caída?

—¿Los bienes de que he seguido disfrutando? El hambre ha atormentado mis entrañas, y el frío tiene ateridas mis manos. Hame bastado el primer día, la primera noche de mi destierro, para conocer que soy inferior al irracional, de que no me podré defender; e inferior también a la materia inanimada, que me abrumba de todos lados.

--Reconoce a lo menos que una fuerza ha seguido sosteniéndote firme sobre el haz de la tierra; que el aire no ha cesado de llenar tus pulmones y de mantener viva tu sangre; que el agua te ha salido al paso para que apagaras la sed, y que por haberte ya señalado el lugar que ocupabas, por haber calentado tu cuerpo, es por lo que vuelves a levantar los ojos al cielo, llamando al sol, a quien guardas como a un amigo.

—Sí, lo reconozco; reconozco igualmente que, desterrados como yo del Edén, hánseme adelantado en el camino árboles cuyas hojas me han abrigado y cuyo fruto ha colmado mi apetito. Pero ¿es un bien el vivir de la limosna de la naturaleza?

—No es una limosna lo que da la madre a sus hijos.

—Yo no hallo en la naturaleza la faz de una madre; no veo en sus ocasionales auxilios la espontaneidad que pudiera tranquilizarme. Al probar los frutos, he encontrado algunos que son amargos. ¿Qué sé yo, además, si he de hallar siempre a mi alcance los que pueda asimilarme? El sol, después de abrasarme durante algunas horas, hase escondido dejándome en tinieblas y en desamparo; y el agua que ha apagado mi sed, ha podido también ahogarme, como ahogó los animales cuyos cuerpos he visto arrastrados por las corrientes.

—Tú no estás, como los animales, destituido de inteligencia.

—Ellos, sin embargo, se bastan a sí propios. Los insectos mismos tienen «armas para herirme y alas para huir». Quizá sea una ventaja para ellos sentir sólo, si es que eso sólo sienten, el mal a que sucumben, y no recordar como yo, el bien perdido; y no prever, como yo preveo, todos los males posibles.

—¿Cuáles son esos males que prevés?

—Sujeto al dolor, temo que sobrevenga a cada paso que doy. Condenado a morir, recelo que sea la muerte cada cosa que siento llegar o que veo de lejos venir.

—No debes juzgar de la vida por las impresiones de un día. La experiencia te enseñará a distinguir lo que debes tomar y lo que debes dejar, lo que sea para ti un bien y lo que fuere un peligro.

—Muy largo tiene que ser ese aprendizaje. La vida entera me será insuficiente para sondear la naturaleza.

—Tú la sondearás en tu lugar y a tu tiempo. Tus hijos se aprovecharán de tu trabajo para ejecutar el suyo de ahí en adelante, y así sucesivamente. La serie de las generaciones llevará consigo el caudal de la experiencia de los hombres.

—¡Y llevará también el caudal de sus sufrimientos! ¡Oh! ¡si sobre mí no más recayeran esos sufrimientos! ¡Si mi descendencia no tuviera que ir haciendo por sí misma ese penoso aprendizaje de la verdad y del bien!

—A ser así, tú serías una entidad aislada, y no

verdaderamente el padre de la humanidad. Los demás hombres no serían hermanos entre sí. Ninguno haría nada por los otros. Ninguno de ellos sería tampoco digno de la felicidad, que no debería entonces, ni en parte siquiera, a su propia virtud.

—¿Todos mis hijos, pues, han de trabajar los unos para los otros?

—¡Todos! Tu innumerable posteridad constituirá una sola familia, y, por la solidaridad de su destino, casi pudiera decirse que constituirá un solo sér. Tu primer hijo será hermano del último hombre que habite la tierra; y hasta él llegará transmitido y multiplicado, por tus otros descendientes, el bien que ese tu primer hijo ejecutare, la conquista que él hiciere sobre la naturaleza.

—¡Sea así como se cumpla la sentencia de no comer el pan sino con el sudor de la frente!

—El pan de la humanidad no será sólo su alimento material; será el desarrollo de su inteligencia, será la reintegración de sus condiciones morales; y el sudor de su frente significa todas las fatigas y tribulaciones con que ha de ser amasado ese pan.

—¿Esas fatigas y tribulaciones no serían menores si más pronto fuesen reveladas a la humanidad la unidad de sus destinos, la correspondencia de sus esfuerzos?

—Pero es que ese conocimiento tendrá también que ganarlo tu posteridad con dolorosa experiencia.

—Así pues, ni uno solo de los eslabones de la cadena de mi delito le será rebajado a mi descendencia, a ella que debía haber sido, sin ese delito, la familia de los reyes de la tierra.

—¡Rey eres tú todavía! ¡Reyes serán tus hijos, a su turno, sólo que el reino de la tierra está secuestrado! Súbditos tuyos son el insecto que zumba en tu rededor y la fuerza que incendia la nube y que has oído restallar en el trueno.

—Sí; fueron súbditos míos, y ahora se vengan haciéndome sentir mi caída y mi impotencia. El uno me ha envenenado la piel, la otra tiene amedrentado mi espíritu.

—El orgullo, el orgullo es ahora quien se queja por tu boca. Dios guía el aguijón del mosquito. Dios regula la resonancia del trueno. Ni el uno te punza porque estás caído, ni el otro te hace estremecer porque te halles impotente. Entrambos te estimulan a que te levantes de tu ruina. Cada uno te habla a su modo para recordarte tu imperio.

—¿Cuándo se encenderá la luz de la razón en los hombres?

—Ya satisfechos sus apetitos brutales, otros de un orden espiritual surgirán en el hombre. Entonces sentirá su desnudez de justicia; tendrá hambre de afectos, sed de verdad. Esas necesidades predominarán sobre las materiales. Cesará entonces la guerra y la paz comenzará a realizar la confraternidad humana.

--Pero antes ¡cuántos padecimientos inútiles!
¡cuántos sacrificios criminales!

—¡Ninguna pena es perdida, si abre camino a una redención; y en cuanto a la reparación de los sacrificios injustos, Dios no cuenta para consumarla, como sólo cuenta el hombre, con el mero plazo de un día.

—Mas ¿no habrá, entre los caminos que el hombre tenga que recorrer, uno siquiera en que no le sea necesario señalar su paso con su propio dolor y con el dolor de su hermano?

—No, no habrá ni uno solo. Todos tendrán que ser caminos de expiación. El error y el escarmiento serán en todos sus caminos los compañeros inseparables del hombre. Así, para combatir sus enfermedades, él comenzará por trastornar la economía de su cuerpo y aun por mutilar su organismo. Para hallar la verdad, comenzará por vedar el examen de sus propios errores, y por erigir en delito el uso de la razón en sus semejantes. Para fundar la sociedad civil, principiará por poner odios entre las razas y preocupaciones entre los pueblos. En fin, para crear la riqueza comenzará por envilecer el trabajo con la esclavitud, por encadenar la industria con el monopolio y por cegar la producción con el despojo.

—¿Y en qué punto de esa línea se habrá de detener?

—El hombre volverá al camino recto, después de largos rodeos, por la gravitación misma de su

naturaleza sociable. El escarmiento le irá señalando la esterilidad y la impotencia del egoísmo, la fecundidad de la paz, la eficacia de la unión. La observación le revelará las verdaderas leyes del mundo físico, que él acabará por comprender y explotar. La prosperidad o la decadencia de los pueblos comprobará la bondad o la maldad comparativa de sus instituciones; la acción moralizadora del trabajo y la multiplicación y repartición espontáneas de la propiedad, cuando ya esté asegurada, le harán reconocer en el ejercicio libre y unido de las facultades humanas, la fuente universal e inagotable de la abundancia y el bienestar. A medida que avance en esa senda, el hombre se irá haciendo en realidad señor de la naturaleza y señor de sí mismo; y se irá apartando de las vías dolorosas regadas con la sangre y las lágrimas de las generaciones. Esa sangre, esas lágrimas, serán gotas de sudor en la frente de la humanidad; y la ciencia, la libertad, la riqueza y la virtud serán el pan amasado con ese sudor.

—Mas si las facultades con que Dios me ha dotado a mí son las mismas con que dotará a mis descendientes, no bastándome ellas a mí, ¿cómo les habrán de bastar a ellos para llevar a cabo tan extraordinaria tarea?

—En ti esas facultades no están aún desarrolladas por el ejercicio ni multiplicadas por la asociación. Tu destino es comenzar; tus primeros esfuerzos tienen que ser soberanamente difíciles.

Recoge, pues, el aliento para dar con resignación y esperanza, en el seno virgen de la tierra, el primer golpe del trabajo: golpe que al través de los tiempos ha de seguir oyéndose como el redoble sonoro a que marche la humanidad al cumplimiento de su obra!

—Sí; a mi me toca dar ese golpe, y yo lo daré, más con el corazón que con las manos. Lo daré con tal remordimiento de mi falta, con tanta confianza en la rehabilitación de mi raza, que él resonará al otro extremo del mundo, en la consumación de los siglos, al pie del trono de mis hijos redimidos! Mas ¿qué ángel vendrá conmigo a justificar esa medida, colmada la cual, ya tenga la tierra que ser menos ingrata a mis fatigas, ya tenga la naturaleza que ser más generosa con su soberano?

—Trabaja, Adán, trabaja, y confía en la promesa de Dios de que visitará Él mismo tu alma cuando, rendido tu cuerpo por el trabajo, ella le invoque con humildad y con fe. Esa visita será pan para tu hambre, agua para tu sed, amor y justicia para tu corazón, luz y verdad para tu entendimiento. Es decir, será, en la medida de lo que hayas trabajado, la satisfacción de tu necesidad.

—Mi necesidad, empero, volverá a nacer refinada acaso y multiplicada; y si el seno de la tierra es siempre igualmente esquivo, mi mano cada vez más desfallecida ¿cómo le arrancará cotidianamente el sustento de mi familia?

—Adán, Adán, ya es preciso que sepas que el ejercicio de tus facultades productivas, esto es, tu trabajo, no constituirá más que la primera parte de tu tarea.

—¡No más que la primera parte! ¿Y qué será lo que constituirá la otra parte? ¿Sobre qué más que sobre la naturaleza será posible y necesario que yo trabaje también?

—Sobre ti, sobre ti mismo, Adán. ¡Y ese será el trabajo más doloroso, y el que Dios hará más fecundo! Impulsado por la necesidad, inclinarás la frente y pedirás con encarnizamiento al trabajo el producto que tus necesidades demanden. Mas cuando ya tengas ese producto en la mano; cuando con él vayas a matar el apetito que te muerda por dentro, o a cubrir la desnudez que te muerda por fuera, entonces será, ¡oh Adán! cuando te será indispensable un doble valor para vencerte a ti mismo y a tu necesidad, triunfando del vehemente, del legítimo anhelo de satisfacerla.

—Pero bien: después de haber trabajado ¿qué cosa mejor podré hacer que satisfacer mi necesidad?

—Ninguna, si sólo miras el día presente, y no a los seres a quienes, según el mandato de Dios, tendrás que ir llamando sucesivamente a la vida.

—¡Oh! No. ¿Qué enmienda habría en mi conducta, si reincidiera en el error de sacrificar al placer de un solo instante la felicidad de toda la vida? ¿Qué reparación a mi posteridad, si la fuera

dejando a las puertas de su reino perdido, sin esperanzas de recobrarlo?

-- Entonces tendrás que aplazar en lo posible, parcial o totalmente, la satisfacción de tus necesidades. Después de obtenido el fruto de tu trabajo, con el cual podrías hacer cesar tus necesidades actuales, tendrás que apartar ese fruto para las necesidades de otro día, a fin de poder dedicar ese día, no a la consecución de la subsistencia, sino a la preparación de algún medio, alguna semilla, algún instrumento con que simplificar, aumentar o perfeccionar tu trabajo en lo sucesivo. Tendrás que verificar eso mismo cuantas veces sea posible, según tu situación. Tendrás que acumular esas rebajas hechas a tus satisfacciones pasadas, ya para servir a nuevas necesidades, ya para los hijos con que Dios consuele tu soledad, ya para obtener de la naturaleza, beneficiando sus mismos elementos y valiéndote de sus mismas leyes, que economice algún esfuerzo a tus brazos o rinda a tus fatigas algún esquilmo mayor. Esta será, Adán, la segunda, la más ardua mitad de tu labor. En esas rebajas hechas a tus satisfacciones será en lo que consistirá el ahorro. El será, pues, el sudor de hoy que disminuirá o enjugará el de mañana; será como un trozo de tu cetro de antiguo señor del suelo, con que podrás herir ese suelo para que te entregue los tesoros que negare a tu mano desarmada.

-- ¡Oh! sí; yo ahorraré! Yo consumiré esos sa-

crificios, aunque haya de llevar constantemente conmigo, vivas y devoradoras, mis más crueles necesidades; aunque haya de rendirme más pronto a mi naturaleza mortal!

—Y así será la verdad. Tus primeros ahorros serán como carne viva cortada de tu cuerpo. Por ello Dios dará al ahorro algo como la eternidad de su esencia, algo como la fecundidad de su mano!

—¿Será posible que el trabajo del hombre, trabajo que después de todo no será sino la expiación incompleta de una falta inexcusable, obtenga en alguno de sus resultados una duración y un poder que participen en algo de los atributos de Dios?

—Sí lo será, en cuanto ello sea dable en lo humano. El ahorro empleado con acierto como auxiliar del trabajo, no sólo reaparecerá sucesivamente en cada producción con una integridad inmortal, sino que vendrá acompañado en cada reaparición de creces, que no distraídas tampoco de la producción, reaparecerán en ella también, y darán a su turno, otros rendimientos, de que vendrán otros y otros, en creciente, indefinida generación.

—Así pues, Dios bendecirá una vez el trabajo y dos veces el ahorro.

—¡Lo bendecirá dos veces! El ahorro será hijo él mismo del trabajo, pues que representará una porción de su fruto; pero representará, además, la victoria de la previsión sobre la violencia del deseo, el triunfo de la voluntad inteligente y enérgica

sobre la sensación impaciente y egoísta. El trabajo será el sacrificio simple, cuya simple corona consistirá en la fruición de la necesidad satisfecha. El ahorro será el sacrificio doble, cuyas dos coronas serán: una, la misma fruición, cuando el ahorro al fin se aplique a la satisfacción de una necesidad; y otra, la multiplicación de sus proventos por todo el tiempo que dure aliado al trabajo, disminuyendo a éste sus fatigas y extendiendo o perfeccionando sus resultados.

—¿Y será siempre necesaria esa alianza del ahorro y del trabajo; es decir, del trabajo anterior con el trabajo del día corriente?

—Sin esa alianza, cada cual de tus descendientes comenzaría su labor como tú vas a comenzar la tuya mañana. La humanidad permanecería indefinidamente girando sobre el punto de su primitiva miseria. Mas Dios, que ha condenado el hombre al trabajo, no ha condenado la humanidad a ser jornalera. Sólo tú encontrarás la faz de la tierra sin obra humana, su seno sin semilla de trabajo. Mas después de ti, desde la segunda generación, el hombre vendrá al mundo como el cultivador a su heredad, como el hijo a la casa de su padre, y en el mundo hallará experiencia, riqueza, fruto del trabajo, cúmulo de los ahorros de los que le hayan precedido en la vida. Ese será el fondo común de las generaciones, fondo que cada hombre deberá acrecer con su trabajo y sus ahorros, para legarlo a su vez a la subsiguiente generación.

Ese vínculo providencial, que hará de todos tus hijos, en la sucesión de los tiempos, conózcanlo ellos o no lo conozcan, una sola familia, ese vínculo será el ahorro. Sin él, sin la ayuda del trabajo anterior, el trabajo de cada día rendiría siempre un insuficiente producto, en tanto que, estimulado y facilitado con los ahorros de la producción anterior, es decir, con el caudal de ideas y de productos de las generaciones anteriores, el trabajo humano irá, de día en día, de individuo en individuo, ascendiendo por una escala indeterminable de perfección y de fecundidad.

—¡Cuán grande será, pues, a los ojos de mis descendientes, la virtud del ahorro!

—Será una de las más grandes virtudes, y aquélla sin la cual las otras acaso no sean posibles. El ahorro será el que reserve de la abundancia de un día para la penuria de otro; de la salud del día bueno, para la enfermedad del día aciago; del vigor de la juventud y de la virilidad, para el decaimiento de la edad senil; del padre pródigo, para el infante desvalido; del trabajador caritativo, para el niño, la mujer o el anciano indigente; del pueblo culto y poderoso, para la tribu desnuda y salvaje.

—¿Volverá, pues, volverá el hombre con ese auxiliar divino, siquiera sea tras numerosas generaciones, a recuperar en el mundo su preeminencia de rey?

—Sí, volverá a cobrarla, mas solo con este au-

xilio. El hombre reducido a la condición en que tú te encuentras, será sólo soberano titular de la tierra. Eso, no más, serán también tus hijos y los hijos de tus hijos, hasta que el trabajo dé lugar al ahorro, el ahorro forme el capital, y el capital avasalle la naturaleza.

—¡Sin mi delito ella habría sido siempre mi madre y la madre de mis hijos!

—A pesar de tu delito, madre tuya es ella todavía, y madre será igualmente de todos los hombres; sólo si que, sabia y severa, ella los traerá al trabajo con el aguijón de la necesidad, y los mantendrá en él, y les enseñará el ahorro, por medio de inexorables sanciones.

—¿Entonces con ella será con quien habrá de luchar mi descendencia hasta que recupere su imperio?

—La lucha más terrible del hombre no será, no, con la naturaleza, sino consigo mismo. La naturaleza será agente de Dios y un auxiliar bondadoso del hombre. El enemigo del hombre será su propia ignorancia; serán las pasiones que adormezcan, que extravíen, que desmoralicen o desvirtúen sus facultades. La naturaleza no hará más que advertirle de su error o de su perversión, por medio de la privación y el padecimiento. Pero ella recompensará también su actividad y su acierto con la abundancia, la salud y la vida.

—¿Mas cómo podrán mis hijos, llevados a los cuatro vientos, a fin de procurarse la subsistencia

sin ser estorbo los unos para los otros, vencer aislados tan grandes resistencias?

—Tus hijos no estarán aislados los unos de los otros sino en cuanto se traten como enemigos. No seran los lugares lo que los unan, sino sus afectos o el conocimiento a lo menos de la necesidad que cada uno de ellos tendrá de los demás. La comunidad de su origen hará menos por su unión que la insuficiencia de cada uno para proveer por sí solo a su propia felicidad. Dios, al distribuir todas las facultades entre los hombres, al distribuir entre las latitudes las producciones, ha sentado la base inquebrantable de la confraternidad humana. Esta no consistirá, pues, en la aproximación material de los hombres, sino en sus colaboraciones recíprocas. Tén, por tanto, seguridad de la gradual y definitiva unificación de todos sus descendientes en un mutuo amor y en un mutuo respeto.

—Mas en la persecución de su propia felicidad, ¿no se hará cada hombre antagonista de su hermano? ¿No querrá excluir a los demás de la participación en todo bien?

—Sí, lo querrá, y aun llegará a persuadirse de poderlo conseguir; pero será en vano. El interés personal, en solicitud de su propia satisfacción, será el incansable productor de la felicidad de la especie. Todos los esfuerzos que emplee, todos sus desvelos, toda su destreza para hacerse preferir, serán otras tantas ventajas que ofrecerá a los demás. Convertido por la educación, de ciego y

egoísta, en ilustrado y generoso, ese interés personal será el principal factor del progreso general. Para sí sólo se afanará en apariencia; mas cuando lograre coronar el árbol del trabajo con un fruto, cuando lograre extender sus ramas, él mismo no sabrá qué viajero de apartada región vendrá a descansar a la sombra de esa rama; no sabrá a qué punto distante del globo, acarreada por los vientos del cielo, irá a depositarse y a fructificar la semilla de ese fruto.

—¡Sea bendita la mano que, así, con anillos de intereses a primera vista antagónicos, formará la cadena que en mí, su germen, se agitan ya, según esta ansia de reahabilitación y felicidad que siento removerse en lo íntimo de mi alma.

—¡Sí! El anhelo de su felicidad impelerá a todo hombre al trabajo. El ansia de disminuir su trabajo le hará consumir el sacrificio del ahorro. La acumulación del ahorro y su aplicación a la industria, constituirán el capital; y el capital, recogiendo los elementos de la naturaleza, indagando sus propiedades, dirigiendo sus fuerzas, será quien restaurará al hombre en el trono de su perdida grandeza.

-- ¿No sería más digna esa restauración debida, más bien que al poder de la riqueza, a las virtudes del hombre?

—¿Y qué será la riqueza, sino la virtud hecha visible en los frutos del trabajo? ¿Qué será el capital, sino el fruto del trabajo anterior, sustraído

por la previsión y la energía del trabajador a sus necesidades de ayer, y reservado para sus satisfacciones de mañana? Carne cortada de tu cuerpo te he dicho que serán tus ahorros. Eso mismo serán los ahorros que los otros hombres harán; porque jamás caerá en las palmas de criatura humana un grano de utilidad, sin que cien apetitos se yergan como aves de rapiña y desangren esas palmas, si el ahorro las cierra sobre ese grano para salvarlo de su voracidad.

—Si el que avasalla la naturaleza es el capital, es decir, la propiedad de uno solo, ¿cómo se realizará por medio de él la comunión de los bienes naturales entre todos los hombres?

—Antes del trabajo, antes del ahorro, antes del capital, la comunión de los bienes naturales entre los hombres no pasará de un mero sueño, de una halagadora promesa. ¿Qué será poseer en común una tierra que nadie sepa ni siquiera cultivar? ¿Qué será poseer en común aguas cuyos senos nadie puede explotar y cuyas corrientes nadie tenga la ciencia o el poder de aprovechar? ¿Qué será la soberanía sobre vientos que pasen revoltosos, abrasando la frente de su señor titular, o dispersando las piedras de su hogar en el desierto? Así pues, si los hombres quisieren realizar sin el auxilio del trabajo, del ahorro y el capital esa prometida comunión natural, no hallarán para repartirse entre sí sino las frutas silvestres, los animales indefensos y las conchas de la playa.

—¿Quién hará entonces efectiva entre todos mis descendientes la comunión de los bienes de la naturaleza?

— El ahorro la hará efectiva, porque él será quien, con los frutos del trabajo, forme primero, conserve enseguida y restaure siempre los capitales. El producto del trabajo que sea aplicado a la satisfacción de una necesidad del momento, apenas requerirá una protección superior a la prudencia de su dueño; porque su consumo inmediato le servirá en cierto modo de seguridad. Pero allí donde una prudencia mayor determinare un ahorro, allí se exigirá y se creará la seguridad, como condición para todo trabajo, como medio único en que pueda subsistir y hacer progresos la sociedad. El ahorro asegurado será el capital creciente, y con el capital el hombre beneficiará la tierra, y sacará de las entrañas de ella lo que ella misma no le traiga a su superficie. Con el capital bajará el hombre al fondo de las aguas, y seguirá o atropellará sus corrientes; llegará a conocer el juego de los vientos como el de su propia respiración, y a servirse del ímpetu de ellos como de sus músculos propios. Hará del vapor su caballo de viaje, del rayo del sol su pincel, y del rayo eléctrico su correo. En una palabra, con el capital, el hombre reconquistará su puesto al frente de la naturaleza. Todo será obra del capital, fecundado por la seguridad.

—¿Y no querrá el capitalista utilizar para sí só-

lo la cooperación de la naturaleza, y hacerse pagar por los demás hombres el concurso gratuito de ella en la producción?

—Sí lo querrá, y sí se la hará pagar donde la fuerza constituya en favor de él privilegios o monopolios. Mas donde reina la libertad para producir y para cambiar, allí la remuneración de cada servicio, el valor de cada cosa quedará limitado a lo que fuere obra del trabajo humano; y la colaboración de la naturaleza pasará gratuita al consumidor, sin otro gravamen que la remuneración del servicio prestado por el capital, en cuanto haya beneficiado los elementos de la naturaleza, o descubierto y aprovechado sus leyes. Será por tanto el trabajo, será el ahorro, será la seguridad, quien hará partícipes a todos los hombres de los dones de Dios, y quien les reintegre su herencia en el reino de la tierra. Será la universalidad del ahorro, será la aseguración de la propiedad de cada uno, la que realizará la comunión de todos en los bienes naturales!... Rompe, pues, con el valor de esa esperanza, rompe, Adán, la marcha de la humanidad por el camino de su rehabilitación; y cuando el sudor del trabajo bañare tu frente, que te consuele la seguridad de que ni una gota de él será perdida; porque, como un vaso de bendición, el seno de la tierra cultivado irá pasando de unos labios a otros, hasta que llegue a los labios del último de tus hijos!...

No bien llegaron a los oídos de Adán estas últi-

mas palabras, cuando vió alejarse y desvanecerse la claridad de cuyo seno salía la voz que las había proferido. Cerrados los ojos e inclinada la frente, siguió él entonces con la imaginación la serie de sus generaciones al través de los tiempos, como se sigue desde una altura la corriente de un río caudaloso que, naciendo en sí misma, parece ir creciendo de soledad en soledad.

Entretanto, desde el limbo del horizonte, como cortesano fiel a la doble majestad de la belleza y del infortunio, el sol envió su primer rayo a la frente de Eva; y Eva, despertando al mismo tiempo que las aves, que por no separarse de ella se habían desterrado del paraíso, ¿hacia dónde, le preguntó a Adán, resignada y animosa, hacia dónde seguiremos ahora?

—Sigamos, le respondió Adán, sigamos adonde el trabajo de hoy nos dé algo más de lo que no sea indispensable para vivir hoy mismo.

—¿Luego mañana no podremos también trabajar?

—¡Eso lo sabe Dios!... Si mañana no pudiéramos trabajar, con el ahorro de hoy nos sustentaremos mañana. Si pudiéramos trabajar, con el ahorro de hoy y el de mañana, nos sustentaremos el día en que Dios, como castigo o como prueba, nos niegue el consuelo y la satisfacción del trabajo.

La fiesta de los muertos

LA Iglesia tiene un día de difuntos, es decir, tiene un día destinado a orar por todos los que fueron y ya no son, y por cuya felicidad, en la vida que siga a la que con tantas vicisitudes se vive en este mundo, ella quiere contribuir con sus oraciones y buenas obras, especialmente en ese día que les destina. La virtud mayor o menor de cada uno de los difuntos, no tiene que hacer nada con la consagración en común a todos ellos de la fiesta religiosa. Ellos fueron lo que quisieron o lo que pudieron ser, pero están ya muertos; eso es lo que la Iglesia sabe ese día. Su conmemoración universal no es para ella asunto de justicia sino de piedad. La religión ese día no es ley sino amor. Ese día los rezos y las ceremonias sagradas son como pláticas y recuerdos de familia. Las pasiones ese día no tienen voz, pero ni siquiera memoria. El cementerio es ese día santuario de fiesta, y cada sepultura, vaso de flores. Muchas de éstas se dejan empapadas en lágrimas y todas son puestas con ternura y respeto.

Sobre el modelo de esta institución, en la cual hay más espíritu de caridad que en todas las filosofías conocidas, en los Estados Unidos la ley tiene establecida o la costumbre sancionada la dedicación de un día, cada año, a honrar la memoria de los que, en servicio de su causa respectiva, rindieron la vida en la guerra que afligió a este país de 1860 a 1863. Y como el medio más visible de tributar esa honra, es visitar las sepulturas de esas víctimas y adornarlas con flores, ese día es llamado en el calendario civil con el poético nombre de *día de la decoración*. Esta fiesta se celebra el día 30 de Mayo, y de ella nacen algunas reflexiones.

Si cada uno de los bandos que con vara de muerte se midieron uno a otro en el tremendo conflicto, celebrara aparte su fiesta y honrara sólo a sus muertos, el día de la decoración no sería día nacional: sería un día de los de la guerra, rezagado en los de cada año de paz; sería una nota viva de resentimiento, agregada cada año al libro muerto de la rebelión.

Pero no es así. El día de la decoración no es fiesta del Norte ni fiesta del Sur, sino fiesta de la Nación. Los que en la lucha fueron vencidos no honran ese día a sus muertos como mártires; ni los que fueron vencedores honran a los suyos como próceres, sino que a todos los que en la guerra murieron, los unos y los otros los honran como buenos.

En este proceder, por la parte de los que en la contienda fueron vencidos, se revela, en primer lugar, su buen sentido. Si ellos sometieron su causa a las armas y las armas dictaron su fallo, lo inapelable de ese fallo constituye por lo menos una justicia práctica a la cual es simple cordura el que ellos se resignen. Revela también patriotismo. ¿Qué bien haría al país un periódico reencendimiento de pasiones, ya de mera tradición, cuyas causas se han quedado tan atrás, y cuyo objeto no se divisa en ninguna de las eventualidades del porvenir? Muy bien hacen, pues, los del Sur en dar por cubierta la sepultura de aquellos tres años de la guerra civil con la prosperidad nacional del cuarto de siglo que a esos años terribles ha seguido. Muy bien hacen en *perdonar* al Norte, su victoria, puesto que esta victoria no es ya solamente del Norte, sino de toda la Nación; y puesto que ese perdón, otorgado en nombre de los muertos, no implica el desconocimiento del sacrificio de ellos, sino la aplicación solidaria de él a la paz y engrandecimiento de la patria de unos y otros.

Sin esa especie de refusión de los sacrificios del uno y del otro lado, sin ese culto en común a los muertos de entrambas partes, la reconciliación entre los vivos habría tardado mucho en verificarse. No se pueden tratar entre sí como hermanos los que sienten o juzgan que entre ellos median cuentas de vidas o saldos de sangre. Mientras el

vencido esté pretendiendo que el vencedor renuncie en principio o de hecho a su victoria, la paz aún no está consolidada. Mientras el vencedor esté exigiendo que el vencido, además de someterse de hecho, reniegue él mismo o de la justicia de su causa o de la sinceridad de su conducta, las hostilidades no han cesado. La ley política o civil se puede imponer y se debe acatar; pero las convicciones no prescriben por la derrota. Por esa razón, al vencido cuando haga lo que debe, hay que reconocerle el derecho de seguir creyendo lo que creía y de seguir amando lo que amaba. Del mismo modo que cada día trae su tarea, cada situación trae su deber. La tarea se llena como se puede, el deber se cumple como se entiende. Esta es la justicia de Dios, y los partidos y los gobiernos no pueden o no deben exigir más. Aplicar a la falta de ayer la pena agravada hoy, es la iniquidad condenada bajo el nombre de retroacción de la ley. Condenar la acción política de ayer por la situación distinta de hoy, es el absurdo gemelo de esa iniquidad. Pudieron, pues, los del Sur, con entera sinceridad, levantar con ambos brazos la bandera bajo la cual fueron vencidos; y pueden hoy, también con entera sinceridad, asirse con ambas manos a la bandera que los venció. El mundo anda, anda muy aprisa, y más aprisa que en cualquiera otra parte en los Estados Unidos.

Discurso

pronunciado en el Ateneo de Bogotá el 24 de Julio de 1884, en su sesión pública consagrada a honrar la memoria del Libertador Bolívar.

SEÑORAS Y SEÑORES:

UNA designación tan inmerecida como indeclinable me impone el deber de abrir la presente sesión y exponer su objeto. Voy, con vuestra aquiescencia, a desempeñar mi tarea.

Al celebrar este su primer acto público en la festividad del 20 de Julio, el Ateneo aspira a un bautismo nacional; aspira a vincular, en alguna manera, su propio porvenir con la memoria de los Próceres, memoria que es la honra permanente y el culto especial de la Patria en estos días.

No veais en tamaña aspiración solamente una muestra de entusiasmo. Hay intención disculpable en el hecho de que el nuevo instituto fije, así,

su principio tan arriba y adelante sus esperanzas tan lejos.

El Ateneo sabe que todo grande acontecimiento es una lección; que un aniversario es el examen del tiempo sobre la fecundidad de sus enseñanzas; y que la enseñanza de 1810 fue de emancipación. Sabe que la concordia de los espíritus es la mejor garantía del derecho de los pueblos, que consolidar la unión es completar la independencia; y, en una palabra, que hacer a los hombres hermanos, es acabar de hacerlos libres. Porque sabe todo esto, quiere poner al amparo de una gran fecha su esfuerzo para emancipar el ingenio, en Colombia, del aislamiento, que es casi su cárcel, de la inacción, que es casi su sepultura.

Si el Ateneo alcanza a atemperar los caracteres con el cultivo de los sentimientos, y a llenar las distancias entre las opiniones con la continuidad entre las virtudes; si logra templar el antagonismo de las doctrinas con la confraternidad de las artes, y suavizar la discrepancia de las ideas con la mutua cordialidad en la discusión; si alcanza a juntar los corazones sensibles, los entendimientos cultivados, las naturalezas superiores, dándoles cita en la unidad del arte, en la unidad de la ciencia y en la unidad de la Patria; si logra mantener en su seno y propagar con su ejemplo la práctica salvadora de que al mismo tiempo que el principio se invoque, la pasión se desarme, ¿no será porque abre en el día de la independencia la campa-

ña de la razón, y asegura así, para las batallas de la libertad, las victorias de la paz?

Mas, aun cuando de tales propósitos sólo realice una parte, ¿no será ésta una preparación para que, en alguno de sus venideros aniversarios, el 20 de Julio halle ya frutos dignos de su lección redentora?

Ahora veamos en lo que consistió esa lección. Veámoslo de una manera sucinta, ya que sus antecedentes y consecuencias no requieren especificación ante un concurso tan conspicuo por su ilustración y por su patriotismo.

El 20 de Julio se determinó más bien que se proclamó nuestra independencia de España. En rigor los hechos providenciales no necesitan proclamación. Están en la naturaleza de las cosas. Sobrevienen y se imponen con la lógica de los tiempos, sin que en ellos les deje Dios a los hombres sino que escojan la hora y los medios.

Nuestros padres escogieron los suyos en 1810. Sabían ya, en esa época, que no hay título humano que prevalezca en definitiva contra el derecho divino, y que es la libertad la que constituye para hombres y para pueblos la divinidad del derecho. Una experiencia como de trescientos años les había enseñado, además, que las mejores intenciones del poder ausente, hasta la de un Carlos III, por ejemplo, pierden su virtud al desvanecerse en tres mil leguas de soledades.

Con ese conocimiento resolvieron nuestra eman-

cipación nacional. La resolvieron más bien con su proceder que con sus protestas. La resolvieron sobre los fundamentos del derecho del tiempo y de la distancia. Y sobre esa resolución, como de la parte de Dios, vinieron nuestros mártires a poner la sanción de su sacrificio, y nuestros guerreros la eficacia de sus victorias.

A nosotros nos toca ratificarla también. Ratifiquémosla fecundando todo lo que en ella hubo de generoso, y precaviendo el ánimo nacional contra todo lo que pudiera degenerar en venganza.

Dejemos a la historia la amplitud de la justicia, y reconozcamos que en solemnidades como ésta, falta espacio aun para la simple mención de agravios. El Ateneo no santifica el 20 de Julio buscando el error en el pasado para maldecirlo. Quiere, mas bien, adivinar el bien en el porvenir para agradecerlo. Su mano, levantada para bendecir, no se cierra en lo alto para amenazar; y su voz, si tuviera ya autoridad, no vacilaría en declarar que, sea cual fuere la antigüedad y el nombre con que se encubra, el odio es una incapacidad en los pueblos para ser grandes, y una falta de merecimiento en los hombres para ser libres.

El techo que nos ha cobijado una hora, es sagrado para nosotros: ¿por qué no había de serlo también el pendón que nos ha cobijado tres siglos? Ese pendón, que es el español, tiene historia inagotable en donde refrescar sus colores. ¿Y no son esos mismos colores los que repartidos por

la libertad en las cien banderas de Hispano-América, están llevando a todos los puertos del comercio, a todas las entradas del porvenir, juntamente con el símbolo de la república, el testimonio de la unidad y la gloria de nuestra raza?

España compartió con nosotros su altar, su legislación y su lengua. Hoy, en lugar separado, nosotros podemos cambiar, si queremos, las aras en los templos, las leyes en las tablas que nos dejó; más siempre será a España a quien deberemos la tabla fundamental, que es el derecho patrio, y el ara eterna, que es el ara cristiana.

Nuestra lucha con la metrópoli fué prolongada y sangrienta. Busquemos de ello una explicación en la naturaleza, un comentario en la historia.

La planta cede espontáneamente su vástago a la tierra, al viento su semilla; ¿mas qué madre, si mujer, da a la vida el nuevo hombre, y si nación da a la libertad el nuevo pueblo sin la misteriosa consagración del dolor o de las batallas?

Tras la agonía, la madre vela por la existencia del hijo con su ternura y sus bendiciones: ¿no es ese el génesis de la familia? Tras la guerra, vencedor y vencido se estrechan en el abrazo de la paz: ¿no es ese el génesis de los pueblos?

Lo largo y cruento de la lucha comprobó la firmeza del elemento que se partía. Raza que había batallado ochocientos años para mantener allá su nacionalidad, ¿qué menos había de exigir que ochocientos combates para dejarla romper aquí? Hubo,

por tanto, que llenar la medida del sacrificio exigido; hubo que precipitar la guerra, y, si así se puede decir, que condensar la victoria. Hubo que acumular un combate con otro en un mismo sitio, y que coronar uno con otro en una misma hora. Hubo que asegurar campañas en sólo una batalla, como en Boyacá; que sellar triunfos con sólo una carga, como en Junín; que completar epopeyas en sólo un día, como en Ayacucho.

En esa serie de tempestades, desde la que desató la elocuencia en la Municipalidad de Santafé, hasta la que determinó la rendición del Callao, más terribles que los dioses de Homero, que sólo midieron la distancia del cielo a la tierra con una cadena de oro, nuestros padres mantuvieron cercado el mundo que libertaban durante diez y seis años, casi literalmente con eslabones de rayos.

Si rayos fueron sus hechos de armas, ellos quemaron desde entonces cuanto tenían que quemar, y ahora no sobrevive sino lo que ilumina y consagra. Sobrevive el fuego tres veces santo del patriotismo, fuego que hoy enciende en su seno el Ateneo y que confía, porque en él no se apague nunca, al sacerdocio unido del arte, de la inteligencia y de la inspiración.

Todo sacerdocio se forma al rededor del altar. El del Ateneo saldrá de entre las filas que me rodean en este momento solemne, filas que, en torno de esta tribuna, imponen, como el Océano, con su misma serenidad, y en las cuales hay artis-

tas, pensadores y poetas que van a despertar con el entusiasmo y a engrandecerse en la asociación.

Y gran número de ellos reclama nuestra condición moral e industrial. Nuestro territorio tiene tesoros intactos, nuestra historia prodigios inéditos, nuestra situación apremiantes problemas. Senderos hay en que no hemos aventurado ni un paso, tinieblas de que no hemos disipado una sombra, y barras encendidas, ya en los ayunques, sobre que no hemos descargado el martillo.

En las artes no es menos exigente nuestra tarea. Más que nobleza, naturaleza obliga. Rival digno del sol ecuatorial que cada día sale y se pone en nuestro horizonte visible, tenemos que crear, en la línea y la luz, en el colorido y la sombra, ese otro sol que, una vez encendido por el genio, no se apaga jamás sobre los lienzos del arte. Si apresuramos la vida con la llama de nuestra sangre tropical, que tan aprisa gasta su vaso, animemos siquiera el mármol, ya que en la actitud y la expresión artística, como en la zarza sagrada, la vida arde sin consumir. Si no tenemos siempre con quien compartir nuestras emociones, obliguemos al arte a encerrar el sentimiento momentáneo en la nota eterna, y hagamos, así, confidentes nuestras, enlazándolas con la armonía, a las generaciones del porvenir.

Como pueblo culto tenemos también que estrechar por nuestro lado el cerco que la análisis tie-

ne puesto a la naturaleza; cerco que encierra el seno de la conciencia del hombre y el fondo de la región estelar.

Feliz, pues, el Ateneo, si cuando los antiguos Encélados se están levantando, llevándose tras sí las rocas a que se vieron atados; si cuando los nuevos Prometeos se están robando el fuego del cielo en cada escalamiento de la ciencia, auna y avigora los esfuerzos de los colombianos, para que la patria común haga sentir su impulso propio en la obra del progreso universal, y su nueva generación mezcle su propio acento, pacífico y profético, en el himno infinito de la palabra humana!

La América para los americanos

CUÁL es el significado de estas palabras? ¿El sentido en que deben tomarse es el de la historia? ¿Es el de la población? ¿Es el de las ciencias y las artes? ¿Es el de las industrias y el comercio, o siquiera el de la diplomacia y la política?

Nada de esto se ha fijado todavía; nada de esto creemos que se pueda fijar nunca. Las citadas palabras, que no son ni una frase entera, están en peor condición que los términos bíblicos que algunos predicadores acostumbran repetir a manera de estribillo. Esos términos son inteligibles a lo menos para los que han oído al principio del sermón, el texto sagrado a que ellos pertenecen. Mas ¿quién es el que está en el secreto del pasaje o texto a que pertenezcan las palabras cabalísticas *la América para los americanos?*

En el sentido histórico, la América, o lo que ahora así se llama, no fue exclusivamente para sus propios hijos sino hasta la conquista; y esto en

la suposición de que ninguno de sus dos continentes o de sus muchas islas hubiera estado jamás en relación con las demás partes de la tierra; suposición muy aventurada, pero que en gracia de la brevedad podemos aquí aceptar.

Durante la conquista y la colonización, de quienes menos fué la América fué de sus aborígenes. Los europeos se repartieron su territorio. En parte exterminaron a los que lo poseían, en parte los relegaron a sus menos penetrables regiones, y en parte se mezclan con ellos; pero mantuvieron siempre sobre ellos, para su propio elemento, toda clase de superioridades y de ventajas. Hasta la época de la emancipación, repetimos, pues, de quienes menos fue la América fue de los americanos.

Una vez constituidas las antiguas colonias en naciones independientes, y tan pronto como éstas fueron reconocidas por los gobiernos europeos, establecióronse relaciones de todo orden entre el mundo viejo y el nuevo. De entonces para acá no hay más razón para decir que la América ha sido para los americanos que la que haya para decir que la Europa ha sido para los europeos.

¿Cómo ha de haber sido, de entonces para acá, la América sólo para los americanos, cuando tantas corrientes humanas procedentes de multitud de países europeos, no han cesado de confluir hacia la América, principalmente la del Norte? Los antiguos cauces de esas corrientes, continúan llenos, y otros muchos, dirigidos hacia la América

del centro y hacia la del Sur, se abren y se llenan cada día.

Luego en el sentido de la población, ya se considere que en muchos de los países americanos predominan todavía los elementos colonizadores europeos, ya se tenga en cuenta que la inmigración que en ellos se efectúa es incesante y hasta creciente, lejos de haber sido o de estar siendo sólo para los americanos, la América ha sido, está siendo y no se ve que pueda o deba dejar de ser para TODOS, sin acepción de castas, nacionalidades u orígenes.

Lo contrario sería un absurdo, porque no hay razón ni habría fuerza con qué impedir que la humanidad se mueva en el globo, como los mares se mueven en su lecho, según las atracciones naturales y las demás causas que determinan sus corrientes.

Por esta razón, en vez de tratar de contener la inmigración en ellos, los pueblos americanos están haciendo todos, cual más, cual menos, esfuerzos por aumentarla, si bien la quieren, como es natural, tan sólo de la mejor clase.

Hablar, pues, de la América como de sólo los americanos o para los americanos, es repetir palabras sin sentido. ¿Los Estados Unidos mismos son acaso de sólo sus naturales? O, por el contrario, ¿en ellos se ven, no ya sólo descendientes de europeos, sino europeos mismos, recién naturalizados, llevando la voz de sus partidos, hablando

en primera persona en sus periódicos, ocupando las curules y las cátedras, y hasta representando oficialmente el país en el extranjero?

En el sentido mucho más complejo de las ciencias y las artes es todavía menos cierto que la América haya sido o sea exclusivamente de los americanos. La cultura inicial del Nuevo Mundo es de origen europeo. Fueron los colonizadores los que trajeron el cristianismo, que podemos tomar como resumen de las ideas morales. Que no hubiera habido en América civilización ninguna anterior a la conquista del siglo xv, o que las que había habido se hubieran sepultado todas, da lo mismo para el reconocimiento de que la actual civilización americana es la misma europea con las variaciones que corresponden a tiempos y a lugares. Fueron los europeos los que implantaron en estas regiones la noción de la propiedad, que es el estímulo de toda actividad humana; y los que fundaron la sociedad civil, que es la sola agencia posible de la felicidad en el mundo. Aparte de estos principios generales, en las aplicaciones mismas de las ciencias a los varios ramos de las artes y de las industrias, innumerables europeos, nacionalizados o no, han ayudado y están ayudando a los americanos y contribuyendo a su adelanto, pudiéndose decir otro tanto hasta respecto de los trabajos u obras materiales llevadas a cabo en América. ¿Cómo es, pues, ésta sólo de los americanos o sólo para los americanos?

El pensamiento europeo, no como específicamente superior, sino como más ejercitado y experto, es el que ha mantenido la fuerza impulsiva del progreso. En ciencias y en artes, la América es inseparable de la Europa, y tiene que recorrer mucho camino para marchar de frente con ella. Respecto a instituciones, que puede ser el punto en que reclame ventajas sobre la Europa, es necesario tener presente que el espíritu de la libertad, aunque no comparezca, en todas las armazones políticas europeas, sí está revelado en las obras de sus filósofos y en las vicisitudes de su historia; y que fué en esas revelaciones donde lo aprendió la América, la cual, con más propicias circunstancias sociales, ha podido darle cuerpo en la democracia y en la república.

La seclusión de la América para cuanto no fuera de su propio suelo, sería en el punto de vista económico otra imposibilidad. Así como las aptitudes están repartidas entre los hombres, así lo están las fecundidades entre las regiones, y el total de las necesidades humanas sólo puede satisfacerse con el total de los productos del globo. El egoísmo colectivo de querer sacarlo todo de su propio seno, determina un desperdicio de esfuerzos para producciones directas imposibles o difíciles, las cuales no tienen objeto desde que en el mercado universal no hay utilidad creada que no halle su equivalente en una utilidad requerida. El libre cambio es el zolvereín verdadero del porvenir.

¿En qué se está pensando ahora, pues, cuando se habla de que los Estados Unidos le arrebatan a la Europa las relaciones comerciales que ella mantiene con los países suramericanos? Esas relaciones como todas las de tráfico libre, son ecuaciones de conveniencias. Que los Estados Unidos entren en esa ecuación, es decir, que consulten las conveniencias para ambos lados, y desde luego y naturalmente participarán de ese tráfico. Pero suponer que por continuidades geográficas o por similitudes políticas, los suramericanos van a desatender sus intereses económicos, es suponerlos desprovistos de buen sentido. *La América para los americanos* es una cosa para la cual no hay traducción inteligible en el vocabulario del libre cambio.

Y tanto es cierto que no la hay, que la propaganda de que el resto de la América no debe comerciar sino con los Estados Unidos, no la han comenzado los mismos Estados Unidos con una renunciación por su parte a todo comercio con Europa y con el resto del mundo. Lejos de ello, ni siquiera han querido llegar a un avenimiento comercial con el Canadá, que es su vecino americano del Norte, ni han querido aprobar el proyecto de tratado de comercio con México, que es su vecino americano del Sur. O ¿será que en puridad de verdad *América*, en el texto trunco de que venimos hablando, sólo quiere decir *Estados Unidos*, y que en tal caso, la traducción de ese texto en romance es la de la *América para los Estados*

Unidos? Sólo a la luz de esta interpretación se puede comprender cómo, al mismo tiempo que los Estados Unidos se desviven por ensanchar su clientela comercial, hasta el punto de hacer toda clase de sacrificios para asegurarse una carbonera en una isla de salvajes perdida en las soledades del Pacífico, y a más de dos mil millas de distancia de la última playa americana, se les haga llano y sano el que la América latina rompa, en favor de ellos, las relaciones casi seculares que han determinado su progreso; y que quebrantando la fe prometida, dé la espalda a la industria y al capital europeos, y en atención a *la América... para los americanos*, se entregue en cuerpo y alma al proteccionismo y a los *truts*.

En lo político, la América no es de los americanos. El Canadá hace parte del Reino Unido de la Gran Bretaña. Las principales Antillas hacen parte de España, y otras islas y algunas porciones del Continente del Sur hacen parte de naciones europeas. Lo que se llama el derecho público impediría a los mismos Estados Unidos, en caso de que quisieran estrenar esa política, intervenir con la fuerza para emancipar esas regiones americanas del imperio europeo. Dichos Estados Unidos no ayudaron ni con un fusil, ni con una palabra, durante la lucha, a las colonias americanas que se independizaron; y cuando pudieron contribuir, siquiera hubiese sido con su silencio, a la emancipación de las Antillas españolas, que fué cuando

Bolívar se preparaba a traer a ellas sus armas victoriosas, entonces sí hablaron, mas fué para oponerse a Bolívar y para declarar, como declararon, que Cuba y Puerto Rico estaban bien como estaban. Si, posteriormente, alguna vez los Estados Unidos han parecido querer avanzar hacia Cuba o hacia el Canadá, no ha sido con la espada sino con la bolsa en la mano. Esto en el terreno de los hechos. En el del derecho, los que no economizaron sacrificios a fin de retener como miembros inseparables de la Unión a los Estados Confederados, serían en verdad los que estarían menos autorizados para oponerse a que las demás naciones agotasen igualmente sus fuerzas en el sostenimiento de lo que ellas, a su vez, estimarían como la integridad de su territorio. Aun sin tratarse del mantenimiento de su soberanía, a ningún Estado no americano que tenga posesiones en América se le pueden oponer obstáculos para que cumpla con el deber de impulsar el progreso moral y material de esas posesiones, deber para cuyo cumplimiento necesita una intervención racional y proporcional en lo concerniente a la América. ¿Qué quiere decir, pues, ante los hechos públicos y ante el derecho público, lo de *la América para los americanos?*

En ninguno de los sentidos en que hasta aquí las hemos estudiado, hemos podido hallar realidad o significado positivo que corresponda a esas vacías palabras.

En su mensaje de 2 de Diciembre de 1823, el Presidente Monroe dijo al Congreso que la ocasión era apropiada para que los Estados Unidos sentasen como un principio, el cual concernía a sus derechos y a sus intereses, el que los continentes americanos, en razón del estado de libertad y de independencia que habían asumido y mantenido, no debían ser considerados en lo sucesivo como sujetos a futura colonización por parte de ningún poder europeo.

El texto mismo de este documento limita la declaración en él contenida. No es un principio absoluto el que se proclama, no, sino un principio que concierne a los derechos y a los intereses de sólo los Estados Unidos. Y para que sobre el particular no quede la menor duda, el primer orador de los Estados Unidos se encargó de comentar el mensaje. Hé aquí las palabras de Mr. Webster:

«Es cierto que esta declaración debe considerarse basada en nuestros derechos y emanada del deseo de resguardarlos. No nos obliga, de ningún modo, a tomar armas a la primera demostración hostil de las potencias europeas contra la América del Sur. Si los aliados equiparan un ejército para obrar contra las provincias más remotas de nosotros, contra Chile o Buenos Aires, la distancia de la escena y de acción, disminuyendo nuestra aprensión del peligro, y disminuyendo también nuestros medios de eficaz interposición, podría ser que nos contentásemos con protestar. Pero muy distinto

fuera el caso si un ejército equipado y mantenido por esas naciones, desembarcara en las costas del golfo de México y comenzara la guerra en nuestra inmediata vecindad. Semejante acontecimiento sería mirado con justicia como un peligro para nosotros mismos, y como tal, reclamaría nuestra decidida, inmediata intervención. El espíritu y la política enunciada por la declaración Monroe, interpretados de este modo, están, pues, en estricta conformidad con nuestros deberes e intereses».

Mr. Johnson, de Kentucky, ha fijado, si cabe, con más claridad el significado de la declaración Monroe, origen de la frase trunca: *la América para los americanos*:

«Esa declaración está basada en el sentimiento de nuestro deber por la conservación de nuestras libertades. NO FUE HECHA PARA LAS REPÚBLICAS MERIDIONALES. No fué un pacto con ninguna de ellas. Fue una declaración cimentada en la consideración de nuestras propias instituciones. Fue hecha en beneficio de nuestra propia seguridad.»

Siendo estas las doctrinas de los Estados Unidos, y habiendo sido las prácticas de ellos, en cuanto a protección efectiva al resto de la América, mucho menos amplias aún que esas doctrinas, aquellos que respecto a los dichos Estados, por un fenómeno que no es de fácil explicación, se empeñan en mostrarse muchísimo más *realistas que el rey*, no tienen absolutamente en qué fundarse para ofrecerle y para ponderarle a la América

española la paternal solicitud de la América inglesa; solicitud que carece de antecedentes y que no se avendría con la recíproca independencia de los respectivos pueblos.

La política no es materia de sentimiento. Esto lo entendemos muy bien. Pero queremos que se entienda igualmente bien que el comercio tampoco es asunto sentimental. Los que ningún servicio han prestado jamás, son los que menos derechos pueden alegar a que los demás hagan sacrificios por ellos.

Los publicistas latinos que juzgan que la llamada doctrina Monroe constituye una salvaguardia de los derechos territoriales suramericanos, si observan (sobre todo los que lo puedan hacer de cerca) lo que está pasando ahora mismo en la Guayana venezolana, tendrán una feliz oportunidad de complementar... o de rectificar sus ideas sobre el particular. Pero no se crea por esta observación que, a nuestro juicio, sea la espada de los Estados Unidos la que pueda o la que deba enderezar las torceduras que hubiere en linderos que no son los de sus tierras.

¿Cuál es, pues, el significado de las palabras:
la América para los americanos?

Índice

| | <u>Págs.</u> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| INTRODUCCIÓN | 9 |
| DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS UNIVERSITARIOS | 19 |
| DISCURSO PRONUNCIADO EN LOS HONORES FÚNEBRES DEL DR. MANUEL MURILLO T. | 29 |
| EL AHORRO | 35 |
| LA FIESTA DE LOS MUERTOS..... | 56 |
| DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ATENEO DE BOGOTÁ EL 24 DE JULIO DE 1884, EN SU SESIÓN PÚBLICA CONSAGRADA A HONRAR LA MEMORIA DEL LIBERTADOR BOLÍVAR. | 60 |
| LA AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS... .. | 68 |

EDICIONES DE "LA LECTURA"

Paseo de Recoletos, 25.—MADRID

CIENCIA Y EDUCACION

Obras publicadas

- L. BRACKENBURY.—*La enseñanza de la Gramática.*
GIBBS, LEVASSUR y SLUYS.—*La enseñanza de la Geografía.*
LAVISSE, MONOD, ALTAMIRA y COSSIO.—*La enseñanza de la Historia.*
EDMUNDO LOZANO.—*La enseñanza de las ciencias físicas y naturales.*
COMPAYRE.—*Pestalossi, Herbart y Herbert Spencer.* (3 volúmenes.)
ABEL REY.—*Lógica, Ética y Psicología.* (3 volúmenes.)
JULIÁN BESTEIRO.—*Juicios sintéticos «a priori» según Kant.*
ADOLFO POSADA Y OTROS.—*Derecho usual.*
PESTALOZZI.—*Cómo enseña Gertrudis a sus hijos y El Método.* (2 volúmenes)
W. REIN.—*Resumen de Pedagogía.*
J. F. HERBART.—*Pedagogía general derivada del fin de la educación.*
TH. DAVIDSON.—*La educación del pueblo griego.*
P. BARTH.—*Pedagogía.* (Tomos I y II. Parte general y especial.)
H. WEIMER.—*Historia de la Pedagogía.*
LUIS DE ZULUETA.—*El Maestro.*
P. NATORP.—*Curso de Pedagogía y Pedagogía social.* (2 volúmenes.)
FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS.—*Ensayos sobre educación.*
R. ALTAMIRA.—*Filosofía de la Historia y Teoría de la civilización.*
MILTON.—*De educación.*
VIVES.—*Tratado del alma.*
MONTAIGNE.—*Ensayos pedagógicos.*



50 Ctms.